

timos sentimientos de su corazon. Conocia muy bien , que estaba destinada para habitar en aquella celestial Ciudad, cuyos muros , baluartes , y torres son de piedras preciosisimas , y sus doce puertas otras tantas resplandecientes Margaritas : que la habia dado Dios una alma nobilissima , y de tan grande precio como buscada y comprada con la Sangre del inocentissimo Cordero : en fin , que su ocupacion en este Mundo debia ser alabar à su Criador , amarle , y servirle hasta llegar à la Patria Celestial, en donde gozase sin fin la vista de su Divinidad. Con estas reflexiones, hijas de la buena educacion y santa doctrina , que heredaba de sus pobres , pero piadosos padres , de tal suerte se enardecia esta inocente Labradora en el conocimiento de su proprio Autor y Criador de todas las cosas , que conociendole sencillamen-

te,

te, le amaba con todo su corazón, con toda su alma; amándole vivía solo para él; y anhelaba à la vida eterna con todas sus fuerzas.

Ah! ¡con cuánta mayor cautela, recato, y honestidad, que muchas doncellas de nuestra Corte, dirigiria sus pasos ácia el Paraíso Celestial esta sencilla Labradora, esta humilde Abigail, esta honestisima Abisag! ¡Cómo suspiraria sobre las corrientes de esta Babilonia, al acordarse de su amada Sion esta desterrada Israelita! ¡Quanto inquiriria, y se alegraria con la memoria del gran Dios, diciéndole con la piadosa Esthér! Tú sabes, Señor, la necesidad en que me hallo: en una tierra llena de tantas abominaciones, en un tiempo en que parecen à acabar con la Fé Catholica los barbaros Sarracenos: mas, Señor, en medio de esta captividad de Madrid, abomino

SU

su supersticion, sobervia, y vanidad; y nunca se ha alegrado, ni se alegrará tu Sierva sino en tí. Vos sois, Señor, le diria, la Ciudad à donde debo caminar: Vos sois el Puerto à donde debo navegar: Vos sois el mas rico tesoro, y la Margarita mas preciosa que debo conseguir: Vos sois el verdadero camino, la unica verdad, la eterna vida, mi ultimo fin.

Proveída nuestra bendita Labradora con semejantes mâximas, tan prudentes como christianas, ¡qué cuidado no pondria en la eleccion de sus correspondientes medios! ¡Qué exâctitud en la practica de sus proyectos! ¡Qué diligencia y vigilancia en la guarda de los Divinos Mandamientos! pues no ignoraba, que los siervos del pecado no conseguirán el Reyno de los Cielos. De aqui provino aquel solícito esmero en apartarse
de

de las malas ocasiones , y exemplos per-
versisimos de un siglo tan corrompido,
andando en la presencia del Señor , con
tanta fidelidad como Enoch , y Abrahan.
De aqui nacia , que entre las turbias
aguas del Alcorán de Mahoma , se for-
maba , à influxos del terso rocío del Cie-
lo , esta tan bella Margarita. De aqui so-
bresalieron tanto sus christianos ardores,
que llegó à la perfeccion de la bondad
Maria de la Cabeza , esto es , à ser entre
los malos buena.

Mas no penseis , que se disminuye-
sen los fervores de su santidad , por ha-
verse adornado con el lazo matrimonial.
No por cierto. Es constante , que (des-
pues de confutados , y confundidos los
infames Helvidios , Jovinianos , y Vigi-
lancios , por aquellos grandes Doctores,
y Padres de la Católica Iglesia Gerôni-
mo , y Agustino ; y despues de la deci-
sion



sion del Concilio general de Trento , en la Sesion veinte y quatro , Canon decimo) nadie ignora que el estado matrimonial es menos perfecto , que el de la virginidad. Es cierto , que la santidad es mas excelente en éste , que en el conjugal ; pues como escribia San Pablo à los de Corinto : la muger soltera y virgen piensa las cosas , que son del Señor ; pero la casada las del Mundo , ò Siglo. Sin embargo , habreis de saber , que fue excepcion de esta regla Santa Maria de la Cabeza : y si os he de decir lo que concibo , esta illustre Labradora no fue menos singular en la cristiana perfeccion , unida con el sagrado lazo , que libre de él en el estado virginal. De esta Santa bien podemos afirmar , que virgen , casada , viuda , siempre buscó con ardimiento el Reyno de Dios : siempre pensó en las cosas que pertenecen al Señor : siempre

noia

pro-

procuró agradar à su Divino Esposo Je-
su-Christo: siempre fue santa en el cuer-
po, y en el espíritu.

En efecto: si San Agustin, ponde-
rando quàn agradable, y acepta sea al
Señor la castidad conyugal, dice, que
no redundó en mayor obsequio de Dios,
ni fue desigual el merito de la continen-
cia de San Juan, que el matrimonio, y
fecundidad de Abrahan. Si segun San
Anselmo: los cuerpos de los casados, que
se guardan fé à sí, y à el Señor, son san-
tos, y Templos del Espiritu Santo. Si el
Venerable Beda decia: que en el santo
conyugio, ò matrimonio no puede suce-
der, que santificado el espíritu, no sea
tambien santo el cuerpo, de que usa el
espíritu santificado. ¿Qué habremos de
decir de Maria de la Cabeza? Cuya pu-
reza admirable tanto agradó à Dios en un
estado, à que la eligió por particular

providencia : en un estado en que podemos decir que tuvo varon, como si no le tuviera : y en un estado, en que ocupado su animo no en las cosas del Mundo, sino en las del Cielo, no la impedia (como pensaba el Apostol hablando en general) la frecuencia de la oracion ; pues como Isaac y Rebeca, Isidro y Maria se entretenian en frequentes coloquios con su Dios, se ocupaban en la meditacion de la divina palabra, tenian siempre unidos sus corazones en Jesu-Christo. A vista de esto, no estrañariamos ya, que estoviese el cuerpo de esta humilde Labradora admirablemente santificado por la aspereza de su vestido, por los ayunos continuos, por las peregrinaciones à los devotos Santuarios de Madrid, Talamanca, y Caraquí en compania de su Santo Marido; y à la manera que una Margarita engastada en una

Dia-

Diadema, la hermoséa mas y mas con sus hermosos brillos, realzase Maria de la Cabeza la corona de su marido Isidro.

Pero como penetraba nuestra Santa, que el medio de buscar el Reyno del Señor es no solo ocupar el tiempo de esta vida, en mirar especulativamente al Cielo: como advertia, que las ocupaciones propias de su estado pedian un particular cuidado: como entendia, que debemos aspirar todos, si no al estado de la perfeccion, à lo menos à la perfeccion de nuestro respectivo estado: ¡qué cuidado no ponía para agradar à Isidro! amandole, respetandole, ayudandole en sus trabajos, y necesidades! ¡Quantas veces le llevó su escasa comida al Campo con el rigor del Invierno, y con el calor del Verano! ¡Quantas veces le animó en la hera à bieldar la paja sola, para extraher el mas bien gra-

nado trigo, confiando en la Divina Omnipotencia! ¡Y cuántas veces le ayudó à sacar espueñas de tierra en el mismo sitio que ahora estamos, para abrir un pozo, en donde está ahora edificada esta Real Iglesia! (*)

No ignorando esta prudente Labradora, que havia nacido el hombre para el trabajo, al mismo tiempo que Isidro en el campo trabajaba, por lo regular, se empleaba en su casita en cumplir exáctamente el encargo del Sabio: quiero decir, que buscó lana, y lino para trabajar con el consejo, è industria de sus manos; y éstas las entendió à cosas fuertes: no porque como alguna de las Amazonas acometiese al enemigo, con el desnudo acero; ni por-

(*) Al tirar las líneas para la construcción de tan suntuoso Templo, que se consagró el año de 1652. quedó este Pozo en la Boveda que hay debajo del Altar de la Capilla del Santo Christo, y Dolores.

porque derrotase Exercitos, como Débora; no porque cortase la cabeza de algun guerrero Capitan, como Judit; sino porque sus dedos tomaron la rueca, y el huso: y asi llegó à verificarse con toda propiedad, que no comió ociosa el pan. Permitidme exclamar aqui: Ah! ¡ cuántas Señoras, tenidas por tales en la Corte, desprecian este huso por rustico, y grosero! Pues sepan, que tampoco le han desdeñado las Berenguelas, las Blancas, las Isabeles, Reynas gloriosas, y de inmortal nombre en nuestras Españas; y ni aun en el Gentilismo le rehusaron la Madre, y Hermana de un Alexandro el Magno.

Mas como nuestros felicisimos consortes anhelaban à agradar, y complacer à Dios: como disponian, en frase de David, sublimes ascensiones en su corazon: por gustoso reciproco consentimiento

hi-

hicieron un inocente divorcio, se separaron à los ojos del mundo, para unirse mas à la vista del Cielo. Quedòse Isidro en Madrid, sí ¿y su Esposa Maria à dónde fue? ¿A dónde habia de ir? ¿A dónde habia de caminar sino al desierto, à la soledad? ¡Oh! singular accion! mas digna de admirarse, que capáz de de imitarse! Pero qué es de estrañar, si esta amiga del Señor, esta hermosa Labradoradora oyó las voces de su Celestial Esposo, que, como anunciaba Oseas, la llamaba à la soledad, para hablarla en el fondo de su corazon, digamoslo asi, con mas familiaridad.

En efecto: si la Santisima Virgen Maria fue en otro tiempo con toda priesa, y celeridad à la Montaña de Judá: esta su Sierva acelera sus pasos, se apresura, vuela à la Montaña de la Mirra, al collado del Incienso, à los agugeros de
las

las piedras, à una caverna desmoronada; y à las despobladas, pero devotas Ermitas de nuestra Señora de Belvís, y Caraquíz. (*) Allí sí, que esta humilde, solícita, y próvida hormiguita no cesaba, de dia ni de noche, de recoger, y amontonar trigo de buenas obras, para introducirle à su tiempo en el granero de la Gloria. Allí sí, que esta laboriosa Abeja se elevaria en alas del desprecio del Mundo, y amor del Reyno Celestial, à contemplar la hermosura de su Criador, con la dulce, y suave carga de la integridad de su fé, y pureza de su intencion. Allí sí, que al gustar, y ver quàn buena era su negociacion, negaba al ocio aquel precioso deposito que
Dios

(*) Hay Caraquiz Mayor, y Menor; éste de la parte acá de Xarama, aquel de la otra: en el Mayor estaba la casilla de la Santa, y en el Menor la Ermita de la Madre de Dios, cuyo aséo tomó à su cargo, y el que ardiese su lampara incesantemente.

Dios la habia entregado para negociar con él, hasta que viniese à tomar cuenta de sus ganancias, è intereses; y muy distante de la conducta vergonzosa de aquel siervo inutil, y perezoso del Evangelio, à fuerza de abstinencias, ayunos, vigilijs, y fatigas, multiplicaba esta ingeniosa Negociante sus espirituales ganancias cada dia.

Mas, ¡Oh! admirable providencia de nuestro gran Dios! Pues si para adquirir una preciosa Margarita sus Mercaderes, ò Negociantes, necesitan surcar los mas dilatados Mares, pasar por entre Sirtes, Scilas, y Caribdis, exponerse à furiosas borrascas, y desechas tempestades: à este modo, como nuestra Santa Labradoradora, surcaba por el mar tempestuoso de este Mundo, (en que nuestro comun enemigo, y astuto pirata no omite medio, ni artificio alguno para sorpre-

prender, y apresar nuestras almas) no pudo escusarse de que la tormenta de la tentacion la probase. Se comenzaron à encrespar las olas furiosas del Infierno, y levantaron en la imaginacion de Isidro tan formidables espantosas borrascas de rezelos, temores, y sospechas de la fidelidad de su Esposa, que iba à pique; y casi à naufragar la fama de santidad de Maria de la Cabeza.

Pero, ¡oh, raro portento! Que si despues de un obscuro nublado sale mas lucido, y resplandeciente el Sol: si despues de la tempestad suele seguirse la serenidad: à tantos torbellinos, zozobras, y turbaciones de la impetuosa, è intempestiva zelotipia de Isidro, ¡qué habia de suceder! sino aparecersele su Esposa Maria, mas pura, brillante, y hermosa, que el Padre de las luces, y las piedras mas preciosas! !Qué habia de suceder,

D

sino



sino manifestarse nuestra Española Susana mas victoriosa de la infamia, y calumnia, que las Gentiles Lucrecias, las Vestales, las Tuscias! Asi fue: pues advirtió Isidro, que adornada su Esposa de aquella fé, por cuya firmeza los muros de Jericó vinieron à tierra; y à cuya eficacia no hay monte inaccesible, que no se mude, y abata: de aquella fé, que dividió las aguas, para que pasára el Pueblo de Israél: de aquella fé, que deseaba el Señor en sus Apostoles en las mas peligrosas borrascas: advirtió, buelvo à decir, que armada, y animada Maria de esta gran fé, y confianza en el Señor, hizo un firmisimo bagel de su pobre mantilla, y que con las velas de su inocencia, el timon de su oracion, el lastre de su humildad, navegaba sobre las rápidas corrientes, y entumecidas olas de Jarama ácia el puerto mas seguro,

quis

D

y

y objeto de su esperanza la Emperatriz de los Cielos, sin que los humedos vapores del Rio, ni sus muchas aguas pudiesen apagar la antorcha de su encendida caridad, ni los vayvenes trastornar la vasija de su piadoso aceite, ni los fuertes vientos del infernal Aquilón debilitar, ò disminuir su fervorosa devocion.

Entonces sí, que tranquilo, regocijado, y satisfecho de la admirable conducta, y fidelidad de su Esposa, confiaría en ella el corazon de su marido. Entonces sí, que podria decir Salomon, que havia hallado, y visto à aquella Muger Fuerte, que con tanto esmero havia buscado, y deseado en su tiempo. Entonces sí, que podemos reconocer, y admirar à Maria de la Cabeza, como una Nave de un rico Mercader, cargada de las cosas mas singulares, utiles, y preciosas que vienen de muy lejos, y de los

ultimos fines de la tierra.

Al fin, Isidro , enteramente satisfecho de la castidad de su Esposa , volvió à proseguir el resto de su mortal carrera en Madrid. Aunque no dexó de venir à asistirle en su ultima enfermedad su fidelisima Consorte : Aunque vió aqui à este Siervo prudente, y vigilante entrar al gozo de su Señor, en la Bienaventuranza, en el Reyno de Dios : como sabia por experiencia esta bellissima Labradoradora , que el desierto , y soledad es el puerto de la tranquilidad, la fuga de los delitos, el deposito de las gracias, la puerta del Cielo, el lugar de la oracion , la madre de la compuncion, el incentivo de la meditacion; y el singular auxilio de la santa contemplacion : no tardó en volver nuestra perfecta Sulamítis (*)

à

(*) Sic Biblia Sacra cum Du-Hamel , Calmet , & Lexicon Ecclesiasticum edit. Matritensis ann. M.DCCLXX.